

# Don Carlos y doña Juana de Austria: una relación complicada

Manuel Lobo Cabrera\*

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

La figura de Carlos, el primogénito de Felipe II, ha sido un tema recurrente entre los historiadores, pues desde su misma época su carácter fue estudiado y divulgado dada las distintas aristas que presentaba el príncipe. Este interés se ha mantenido a lo largo del tiempo y de en cuando retorna a la palestra<sup>1</sup>, tal como ha acontecido con el último libro de profesor García Cárcel *El demonio del Sur*<sup>2</sup>. En el mismo dedica casi una tercera parte del manuscrito a analizar al personaje de don Carlos, centrándose en los graves problemas de salud que tuvo, en concreto los psicológicos, que rodearon gran parte de su vida, especialmente a partir del accidente, así como a la utilización de su figura por parte de los enemigos de España, aunque enfatiza su estudio desde las distintas ópticas, que da el príncipe, para centrarse especialmente en tres nítidas imágenes: la del joven enfermizo desde su nacimiento, la de príncipe rebelde que no acepta tutelas de ningún tipo y menos de su padre y la de su trato con las distintas mujeres que le rodearon a lo largo de su vida, entre ellas su tía Juana de la que dice que fue posiblemente la mujer que más influyó en la vida de don Carlos<sup>3</sup>. Sin embargo, en el apartado de su trato con las féminas, en el capítulo IV, pone mayor interés en las relaciones con su madrastra, Isabel de Valois, dado la utilización que se ha hecho de la amistad y el afecto que ambos mantuvieron casi desde el mismo momento en que se conocieron, y donde los supuestos amores que ambos mantuvieron solo fueron una quimera convertida en invención literaria.

Nosotros en este artículo de homenaje a nuestro profesor y amigo, queremos traer a colación las relaciones que mantuvo el príncipe con su tía, la princesa doña Juana. Fue

---

\* ORCID: [0000-0001-9428-7740](https://orcid.org/0000-0001-9428-7740)

<sup>1</sup> Fernando Bruquetas de Castro y Manuel Lobo Cabrera. *Don Carlos, príncipe de las Españas*, Madrid, Cátedra, 2016.

<sup>2</sup> Ricardo García Cárcel, *El demonio del Sur. La leyenda negra de Felipe II*, Madrid, Cátedra, 2017.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 342.

un contacto que se inició desde su nacimiento, en donde el afecto y el cariño dominaron parte de la vida de don Carlos, con un apego maternal hacia su tía. Son los años de su primera infancia y de los comienzos de su adolescencia. Ese cariño es mutuo, pues doña Juana lo sintió por su sobrino casi desde que nació, y este se lo devolvió con los años, llenando la vida de ambos en su transcurrir por Guadalajara, Alcalá, Valladolid, Aranda y Toro. Era un cariño casi de madre que procuraba por todos los medios proteger a una infeliz criatura, huérfana de madre y con un padre ausente. Este afecto inicial se mantuvo en las siguientes etapas hasta el año de 1552, momento en que doña Juana, prometida al heredero de Portugal don Juan Manuel tuvo que partir desde Toro hacia Lisboa, dejando a don Carlos en la mayor de las orfandades, tal como el mismo lo manifestó balbuceando. A partir de aquí, la desilusión, el enfado y la impotencia que siente el príncipe, hacen que su cariño se convierta en un afecto hosco y lejano, que no se recuperará con la misma sintonía que reinaba entre ambos.

Ese afecto que todo lo llenaba, se truncó en desafecto a partir de aquel momento, convirtiéndose casi en malquerencia, al ir desapareciendo las emociones positivas<sup>4</sup> que especialmente don Carlos sentía por su tía, y atisbándose algunos sentimientos adversos o afectos dolidos en función de los momentos y de los acontecimientos que iban sobreviniendo, de ahí que se haya atisbado que las relaciones entre el sobrino y la tía se convirtieran en algo contradictorio donde imperaba el amor-odio, más por parte de don Carlos que de la princesa de Portugal.

Doña Juana siempre mantuvo el amor y el afecto por su sobrino, a pesar de los desplantes que el mismo le hacía en público y en privado, tales que hasta el propio emperador durante su visita a Valladolid tuvo que llamarle la atención y recomendar que le mantuviera el respeto a su tía.

## Los afectos

El afecto, entendido como aquella disposición positiva que tiene una persona hacia otra y asociado como el amor y el cariño que se siente nació entre la princesa de Portugal y su sobrino, cuando aquella solo contaba con diez años de edad, por tanto ese vínculo se inició en 1545, momento que se produjo el nacimiento de don Carlos, mostrando hacia él un sentimiento maternal que se mantendrán hasta el fin de sus días. Al quedar don Carlos huérfano, por la prematura muerte de su madre, don Felipe decide que su hijo sea custodiado y cuidado por sus tías<sup>5</sup>, tal como se recoge en un escrito del príncipe Felipe "... fasta que otra cosa se provea el yllustrysymo ynfanthe don

---

<sup>4</sup> José Antonio Marina y Marisa López Penas, *Diccionario de los sentimientos*, Barcelona, (Anagrama, 1999)

<sup>5</sup> Archivo General de Simancas (AGS), Estado leg. 13, nº 30.

Carlos nuestro muy caro y muy amado hijo e su aya e damas ayan de estar y estén con las dichas infantes mis hermanas...”<sup>6</sup>.

Durante los primeros años de su existencia se mantuvo al cuidado de ambas princesas, María y Juana, aunque será esta última la que le dedique la mayor atención y cuidado durante las estancias en Guadalajara y Alcalá de Henares hasta el año de 1548, en que Felipe II decidió el traslado del niño y de su hermana Juana a Aranda de Duero, encargándole a doña Guiomar de Melo, camarera mayor del infante, que ayudara en todo lo que pudiese al traslado y cuidado del niño por seguridad sanitaria<sup>7</sup>.

En Aranda el infante estuvo al cuidado de su tía Juana y del aya portuguesa Leonor Mascareñas, quien seguía –para la educación y cuidado del crío– las instrucciones enviadas desde Bruselas por su abuelo, el emperador Carlos, pues la relación con el padre en esos años fue prácticamente inexistente, dadas las continuas ausencias del entonces príncipe Felipe. El hecho de que Juana se dedicara en exclusiva al cuidado de don Carlos se debió al matrimonio de María con su primo Maximiliano.

En estos años las continuas crisis que padeció el príncipe fueron importantes, con achaque de fiebres que resentían su salud, lo que generaba sobresaltos en su tía, pues tal como aseguraba el mayordomo don Luis Sarmiento el niño tardaba más en salir de un trance que entrar en otro, de ahí que la infanta Juana, dado su amor hacia aquella criatura, no acababa de componerse, pues pasaba noches en vela sin acostarse, ni cambiarse de vestido, pues ni ella ni doña Leonor Mascareñas se apartaban de la cabecera de la cama del infante. Doña Juana padeció este episodio y otros similares particularmente alterada, ya que se pasaba el día llorando” por el gran amor que le profesaba” a su sobrino, pues tal como aseguraba don Luis Sarmiento

“que aunque su madre fuera viva no hubiera tenido más cuidado del, ni pasado más trabaxo en su dolencia, y sus dos damas sirviendo de día y de noche allí con unas esclavas porque doña Antonia de Abranches ha estado muy mala en todo este tiempo...”.

La salud del niño se resentía por momentos porque pasaba días sin ingerir ningún alimento, y solo a la fuerza podía comer algo, pero no sin experimentar gran hastío<sup>8</sup>. Según los físicos, parecía que ya había pasado lo peor al encontrarse sin peligro, pero hay

---

<sup>6</sup> AGS, Estado leg. 63, ns. 376 r.378v.

<sup>7</sup> AGS, Estado leg.76, n° 89.

<sup>8</sup> Se comenta en la carta que con la purga que ingirió, bien templada, hizo *nueve cámaras de humor*.

que tener en cuenta que en todo ese tiempo la infanta Juana no se separó de su cabecera, excepto para acudir a los oficios divinos y para almorzar algunas viandas<sup>9</sup>.

Salvo los achaques de su sobrino, que eran continuos, la vida de doña Juana en Aranda transcurría tranquila al cuidado del príncipe, de tal manera que la convivencia había hecho que la vinculación entre ambos fuera cada vez más estrecha, tal como se refleja en los escritos que don Luis Sarmiento remite al emperador. En varios habla de la buena relación que mantienen y del cariño que se tienen, y en alguna ocasión llega incluso a ser más explícito

“Su Alteza y el Infante comen juntos todos los días, y es tanto lo que se quieren que no se halla el uno sin el otro... y tiene la infanta tan gran ser que le quiere y trata como si fuese su hijo...”<sup>10</sup>.

Esta era la realidad, la unión entre ambos superaba las líneas de parentesco entre sobrino y tía, pues amén de vivir bajo el mismo techo y hacer las comidas juntos salían con frecuencia del palacio a pasear, consiguiendo así mejorar su semblante, y así acompañaba a su tía a los monasterios y paseaba por la orilla del río, de modo que cuando se cansaba decía “...el niño cansa...”; razón por la cual se subía a un cuartago muy pequeño, que le había regalado don Luis Sarmiento, que había sido aderezado con sumo esmero por la infanta, de negro y con adornos de mucho oro.

Sin embargo, a pesar de ese profundo afecto que ambos se profesaban ya don Carlos, entre los cinco y los seis años, comenzaba a mostrar su carácter y procurar que nadie lo dirigiera, pues tal como muestra don Luis Sarmiento, se comenzaba a atisbar por aquellas fechas un aspecto curioso del carácter del infante, que comenzaba a repetirse con asiduidad y que luego llegó a considerarse crónico y patológico, pues entre otros comentarios añadía en una de sus cartas que el infante “... de continuo está peleando con su tía, ques gran cosa lo que entre ellos pasa...”<sup>11</sup>.

No obstante, en los momentos en que doña Juana gozaba de poca salud, lo que requería que guardara cama, el infante, dado su debilidad por su tía, se ponía ansioso por verla, ya que los médicos se lo tenían prohibido para evitar posibles contagios<sup>12</sup>.

<sup>9</sup> AGS, Estado leg. 81, n° 294. Aranda, 12 de marzo de 1550. Durante la enfermedad del infante se hicieron, cada día, muchas rogativas, procesiones y otro tipo de devociones.

<sup>10</sup> Carta de don Luis Sarmiento, fechada en Aranda en 19 de abril de 1549. Vid. Pedro Sanz Abad, *Historia de Aranda de Duero*, Aranda de Duero, Ayuntamiento de Aranda de Duero, 1975, y Fernando Bruquetas de Castro y Manuel Lobo Cabrera, *Don Carlos, príncipe de las Españas*, Madrid, Catedra, 2016.

<sup>11</sup> AGS, Estado leg. 81, n° 316. Aranda, 10 de julio de 1550.

<sup>12</sup> AGS, Estado leg. 81, n° 349. Aranda, jueves, a las 10 horas del día 25 de septiembre de 1550.

El asunto de la dolencia de doña Juana llegó a tal extremo que se consideraba un padecimiento peligroso, pues en la propia relación redactada por los médicos se expresaba textualmente que en algún momento se la tuvo por muerta<sup>13</sup>. Razón por la cual a finales del año 1550 se pensó en cambiar de residencia y mudarse a Toro. De esa opinión se mostró también partidaria la princesa Juana, quien reconocía que en la villa realenga nunca estaría buena y aún menos el infante<sup>14</sup>.

Por fin, a mediados del mes de diciembre de 1550, la casa de la infanta doña Juana y del príncipe don Carlos se traslada a Toro, haciendo una parada en Tordesillas, evitando así pasar por Valladolid, tal como lo recoge la princesa María en uno de sus escritos a su padre

“La serenísima infante mi hermana, y el infante mi sobrino, llegaron buenos a Toro la semana pasada, y no vinieron por aquí...”<sup>15</sup>.

En la ciudad zamorana permanece la infanta junta a don Carlos dos años, hasta que a mediados de noviembre de 1552 abandona esta residencia y marcha camino de Portugal para desposarse con el heredero de aquel reino. La despedida entre la princesa y su sobrino fue de lo más triste, tal como la refirió el ayo don Luis Sarmiento de Mendoza<sup>16</sup>, que en aquella fecha también dejó el servicio al infante don Carlos para acompañar a doña Juana a Portugal. En la carta decía que la despedida fue muy sentida por ambos, hasta el punto que tanto uno como la otra estuvieron varios días llorando, y de que el infante en esos días hizo y dijo muchas cosas dignas de mención, pues según Sarmiento el infante solía referirse a sí mismo en tercera persona

“... el niño, que así se nombra él a sí mismo, como ha de quedar aquí solo sin padre ni sin madre, y teniendo el aguelo en Alemania y mi padre en Monzón”<sup>17</sup>.

---

<sup>13</sup> Según Sarmiento, la gravedad de la enfermedad hizo que los tres médicos tuvieran que sangrarla varias veces y trasquilarla, aplicándole *grandísimos remedios* para intentar aliviar el persistente dolor de cabeza que experimentaba continuamente.

<sup>14</sup> AGS, Estado leg., 81, n° 306. Aranda, 16 de noviembre de 1550. En el escrito don Luis Sarmiento comenta que la enfermedad de la infanta había sido muy grande, pues tuvo dos recaídas, quedando bastante flaca.

<sup>15</sup> AGS, Estado, leg. 81, ns. 20 a 25. Toro 23 de diciembre de 1550.

<sup>16</sup> Don Luis Sarmiento, ayo del príncipe, que había convivido con él y su tía en Aranda y en Toro, también dejó dicha residencia por mandato del emperador, quien le encomendó que acompañase a doña Juana a Portugal, donde entró el 24 de noviembre de 1552. A su vez don Luis era quien había mediado en el matrimonio de Felipe II con su prima doña María Manuela.

<sup>17</sup> *CODOIN*, T. XXVI, pp. 392-393.

Esta separación significó un drama del cual don Carlos nunca se recuperó, a pesar de que dos años más tarde volverían a encontrarse. Entendemos que para aquel joven de siete años la ida de su tía la entendió como una traición al cariño que le profesaba, convirtiéndose quizá en un trauma psicopatológico que le afectó en el trastorno de su personalidad sumiéndose en un estadio depresivo, tal como se recoge en las cartas que se envían al emperador y al príncipe Felipe.

### Los desafectos

Este estado anímico y emocional lo observamos más en don Carlos que en doña Juana, puesto que esta mantiene las mismas constantes que tuvo desde el mismo momento en que se acercó a su sobrino, a los pocos días de su nacimiento.

La reacción del príncipe hacia su tía se hace más agria tras la vuelta de Portugal, pues el hilo umbilical que le unía a doña Juana se rompió el mismo día en que aquella lo abandonó para emprender el camino hacia Lisboa. A esta característica se une el celo que interiormente se suscita en el príncipe cuando la princesa de Portugal es nombrada regente de los reinos, puesto y cargo que él ambicionaba por encima de todo, para intentar igualarse a su padre. Por tanto la dependencia que durante los años de infancia y comienzo de su adolecencia había mantenido hacia doña Juana se quiebra, pues ante ella se siente con cierto complejo de autoestima y procura vencerlo insultando, vejando y haciendo caso omiso a las directrices que venía desde la regente.

Por el contrario doña Juana va a mantener e incluso diríamos que acrecentar el amor y el respeto que ya le tenía a su sobrino, pues como miembro de una dinastía tan importante no olvida en ningún momento que por encima de todo don Carlos es el heredero de la monarquía más importante de Europa.

Doña Juana tras la muerte del heredero portugués, Juan Manuel, se encontró en una difícil situación, pues su presencia se comenzó a ver como una amenaza por algunos nobles lusitanos, porque consideraban que España podía reclamar la integridad territorial por lazos dinásticos para el príncipe Carlos, ya que como sabemos Juana era hermana de Felipe II. Ante las reticencias de la corte lusa, Juana abandonó la ciudad del Tajo envuelta en un largo velo negro que, al decir de los testigos, cubría un rostro lleno de dolor por la muerte de su marido y por tener que abandonar a su hijo recién nacido. Juana asumió durante un tiempo la regencia del país, debido tanto a la ausencia de su padre, como la de su hermano y sucesor al trono, Felipe II, que se encontraba en Inglaterra para casarse con María Tudor.

Una vez que hubo llegado a España visitó a su abuela, Juana *La Loba*, que vivía recluida en Tordesillas, y se interesó por la salud del infante don Carlos, a quien de nuevo volvía a encontrar sumido en la situación antecedente de periódicos accesos de fiebre y enfermedades recurrentes. En esta época fue cuando se produjeron las guerras

de religión y cuando el emperador Carlos I decidió retirarse al monasterio de Yuste para abdicar a favor de Felipe II. En estos años la corte estaba aún en Valladolid y el infante don Carlos continuaba su educación bajo la tutela de su tía la regente doña Juana, que solía permitirle todo tipo de caprichos, según se quejaron algunos servidores al emperador. Sin embargo, en esta ocasión trascendental el emperador se llevó una mala impresión de su nieto, pues consideraba que la educación del infante había quedado en manos femeninas, fundamentando que su carácter caprichoso se debía a que las damas de compañía de doña Juana le permitían todo tipo de excesos y lo trataban con excesiva confianza y familiaridad. A la vez el Cesar se disgustó bastante con el trato que daba don Carlos a su tía.

A pesar de los continuos desplantes la princesa de Portugal procuraba por todos los medios contentar a su sobrino dándole el protagonismo que a su juicio le correspondía, por dicha razón al abdicar el emperador y proclamarse como heredero el príncipe Felipe por indicación de la princesa don Carlos tuvo el honor de hacer de alférez mayor para proclamar a su padre como rey en Valladolid

Asimismo para destacar su figura como futuro heredero de los reinos de España, encargó en 1557 a Pompeo Leoni una Medalla de su sobrino, que contaba en aquella época con doce años. En el anverso aparece el príncipe representado hasta la cintura, de tres cuartos, con la cabeza descubierta, el cabello corto, vistiendo armadura y manto, con el colgante del Toisón de Oro sobre su pecho y el bastón de mando en la mano derecha. En la reversa figura Apolo, símbolo de la juventud y de la música, con un pequeño grupo de las tres gracias colocado sobre su mano derecha, atributo de los juegos de juventud. Completan la escena una lira apoyada en un laurel, alusión a la sabiduría, y la siguiente leyenda “Más inclinado a la benignidad”<sup>18</sup>, con lo que intentaba la princesa mostrar al mundo los buenos sentimientos de su sobrino.

No obstante, no había correspondencia, pues don Carlos en todas las oportunidades que tenía procuraba ridiculizar a su tía. Esta, estaba permanentemente pendiente de él y en 1561 cuando el príncipe tuvo en Alcalá aquella fatídica caída que estuvo a punto de costarle la vida, doña Juana se deshizo en la realización de oraciones, rogativas y procesiones para solicitar la curación del príncipe, junto con la reina, empleando algunos caudales en dar limosnas y en ordenar a los monasterios e iglesias del reino la realización, hasta el punto que uno de los galenos que lo atendió llegó a decir, después que la curación final del enfermo, más parecía cosa conseguida más del cielo que del remedio de la medicina.

---

<sup>18</sup> Rosario Coppel Areizaga, “La colección de un joven príncipe del renacimiento: Don Carlos y las esculturas inspiradas en el mundo antiguo”, *Revista del Patrimonio Nacional* 156, Madrid (2003), pp. 16-29. Rosario Coppel Areizaga, “Los retratos de la emperatriz Isabel y de Juana de Austria”, *Leone & Pompeo Leoni: actas del Congreso Internacional*, 2012, pp. 85-98, p. 91.

Algunos ejemplos de ese trajín que comenzó el 19 de abril de 1562 se conocen por las dos relaciones que se realizaron sobre el accidente sufrido por el príncipe, especialmente por la de Dionisio Daza, escrita a petición del propio don Carlos<sup>19</sup> y de la infanta doña Juana.

En cuanto al caso de un hipotético matrimonio entre el príncipe y su tía Juana, que respondía a un interés personal de Felipe II, apoyado por las cortes castellanas, quien era conocedor de las limitaciones que ceñían a su hijo, al que situaría bajo la tutela de su hermana menor aduciendo la consabida razón de Estado, ya que Juana había demostrado una gran habilidad política como princesa gobernadora de España. Su candidatura la apoyaban castellanos y portugueses; por su parte, ella aspiraba a desposarse con su sobrino solo por lo que este matrimonio representaba en el entramado de la política internacional, y especialmente ante el interés que tal unión despertaba en algunos ámbitos cortesanos, como sucedía concretamente en Castilla. Sin embargo desde el principio esta aspiración contó con el rechazo frontal del propio interesado, el príncipe don Carlos, a quien al parecer no le agradaba en absoluto la idea de casarse con su tía y casi madre. No era un asunto que su alteza rechazara por cuestión de la diferencia de edad entre ambos, ya que la princesa de Portugal le llevaba diez años, sino porque esta era una mujer madura y probada, lo que no casaba con sus aspiraciones de obtener una novia joven y virgen, como solía manifestar, siguiendo la costumbre propia de la época.

En cuanto a las virtudes de doña Juana, era conocido de todos que gozaba de un carácter prudente y había sido muy buena gobernadora. También se le consideraba adecuada porque durante la infancia del príncipe había convivido con él durante varios años, todo lo cual significaba, según el pensamiento del rey, la mejor garantía de que el trono de España quedaría sujeto en buenas manos. Sin embargo, a este respecto, aunque las cortes celebradas en Madrid el 25 de febrero de 1563 expresaron el deseo de que el príncipe, al tener la edad necesaria para matrimoniarse, se casara con su tía Juana, se mostró inflexible, hasta el punto de que en las Cortes de Castilla, celebradas en enero de 1567, tuvo palabras muy duras y llenas de cólera para los que pretendían dicho matrimonio<sup>20</sup>.

Al final, como se sabe, los acontecimientos se precipitaron provocando la prisión de don Carlos en enero de 1568, y entonces fue cuando Felipe II comenzó a pensar en serio en la solución de que los príncipes de Bohemia pudieran contemplarse como los futuros pretendientes a las diversas coronas de España. El encierro de don Carlos

---

<sup>19</sup> El príncipe le hizo merced a este médico, no sabemos si por la relación que hizo de su enfermedad o por otros servicios, de una gratificación de 30 ducados, según figuraba en una nómina firmada por don Carlos el 5 de septiembre de 1567.

<sup>20</sup> Louis Prósper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*, Barcelona, Lorenzana, 1963, p. 155.



supone para su tía días y meses de sufrimiento, pues le parecía duro y terrible el arresto, más aún en cuanto que el rey le prohibió contener el llanto y mostrar congoja, razón por la cual doña Juana se sintió enferma de tanto dolor, de tal manera que la princesa guardó cama más por la dolencia del alma que por otras causas. Doña Juana ante estos hechos se encerró en un mutismo perturbador, suspendiendo incluso los actos que había programado para la celebración del catorce cumpleaños de su propio hijo, don Sebastián, que en esa fecha asumía las obligaciones y poderes del reino portugués, pues a pesar de entender lo acertado de la conducta del rey en este asunto lloró con desconsuelo su encierro.

El príncipe falleció a los veintitrés años, al parecer arrepentido de sus pecados. Una vez que se conoció su muerte, acontecida a la una de la madrugada del veinticuatro de julio de 1568, en el alcázar se produjo una gran consternación y un sentimiento de dolor embargó a todos los familiares. La reina y su tía Juana tuvieron tan gran pesar y el mismo sentimiento se generalizó entre los criados. En concreto se resalta la actitud de doña Juana, quien se recluyó en sus aposentos prohibiendo que se le molestara, adoptando desde entonces un hábito de luto aún más riguroso y sobrio, como el que el había acompañado tras la muerte de su marido.

A partir de este suceso doña Juana para consolarse substituyó el cariño tan profundo que sentía por su sobrino, por el que transmitió a partir de entonces a su hermano, don Juan de Austria, y a la tercera esposa de Felipe II, su otro hermano, Isabel de Valois, y especialmente por sus sobrinas, Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela.